

## LAS PARADOJAS<sup>1</sup> DE LA ÉTICA<sup>2</sup>

La ética consiste esencialmente en un juicio sobre nuestras acciones, haciendo la salvedad de que sólo tienen alcance en la medida en que las acciones impliquen un juicio tanto explícito como, incluso, implícito. La presencia de los juicios, por parte de las acciones derivadas de los diferentes estratos de nuestra psique, conscientes e inconscientes, es esencial a la estructura de una ética del conocimiento psicoanalítico.

Si hay una ética del psicoanálisis es en la medida en que, de alguna manera, por mínima que esta sea, el psicoanálisis aporta algo que se plantea como una medida de nuestra acción o, simplemente, lo pretende.

¿Nos propone el psicoanálisis, como medida de nuestra acción, un retorno a nuestros pulsiones o instintos?

Esto es algo obsoleto ya desde hace mucho tiempo. Quizás quede aún alguien, por aquí y por allá, a quienes esto pudiera darles miedo.

Pero hoy a nadie se le ocurre temer una degradación de esta especie como consecuencia de llevar a cabo un psicoanálisis.

Incluso ensalzando las pulsiones o los instintos, haciendo de ellos la ley natural de la realización de la armonía, (algo típico de la patología de perversiones), el psicoanálisis no adquiriría sino el aspecto de una coartada bastante inquietante, de una jactancia moralizante, de un farol, o de una perversión bastante arriesgada.

---

<sup>1</sup> Una **paradoja** (del [latín](#) *paradoxa*, ‘lo contrario a la opinión común’) o **antilogía** es una idea lógicamente contradictoria u opuesta a lo que se considera verdadero a la opinión general.<sup>1</sup> También se considera *paradoja* a una proposición en apariencia falsa o que infringe el [sentido común](#), pero no conlleva una [contradicción lógica](#), en contraposición a un [sofisma](#) que solo aparenta ser un razonamiento válido.<sup>2</sup> Algunas paradojas son razonamientos en apariencia [válidos](#), que parten de [premisas](#) en apariencia verdaderas, pero que conducen a contradicciones o situaciones contrarias al sentido común.<sup>3</sup> En la [retórica](#), es una figura de [pensamiento](#) que consiste en emplear expresiones o frases que implican contradicción. Las paradojas son estímulo para la reflexión y a menudo los filósofos se sirven de ellas para revelar la complejidad de la realidad. La paradoja también permite demostrar las limitaciones de la comprensión humana; la identificación de paradojas basadas en conceptos que a simple vista parecen sencillos y razonables ha impulsado importantes avances en la [ciencia](#), la [filosofía](#) y las [matemáticas](#).<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Texto inspirado en el Seminario “La ética del psicoanálisis” en el año 1960.

El psicoanálisis procede, final y prácticamente, por un retorno a la acción. Esto por sí sólo justifica que estemos en la dimensión moral. La hipótesis freudiana del inconsciente supone que la acción del hombre ya sea ésta sana o enferma, normal o mórbida, tiene un sentido oculto al que se puede llegar. En esta dimensión, se concibe la entronización de la noción de una especie de catarsis que significa purificación, decantación, discriminación de planos.

Esta es la posición mínima, que felizmente parece no estar demasiado oscurecida en la noción común que se puede tener del psicoanálisis. Existe realmente lo que sucede a nivel de lo vivido al que se puede acceder y en su sentido más profundo, que funciona como su propia guía.

Esto es la forma embrionaria del dicho “conócete a ti mismo” socrático, con un acento particular que coincide con una forma general de todo progreso que se pudiera llamar, progreso interior. Pero esto basta ya para poner en su lugar la abrupta diferencia aportada, si no por la experiencia analítica, en todo caso por el pensamiento freudiano.

¿Pero en qué consiste?

Se mide con la respuesta dada al cuestionamiento que se hace la gente común y a la que podemos responder de manera más o menos directa, una vez operado ese retorno al sentido, una vez liberado el sentido profundo; es decir, simplemente separado de una catarsis en el sentido de una decantación<sup>3</sup>,

Para ser más exactos: ¿no hay algo más que supuesta neutralidad y benevolencia en la actitud de los psicoanalistas?

Mencio, ese es el nombre que le dieron los jesuitas, nos dice que la benevolencia en su investigación de la vida moral se juzga de la siguiente manera: la benevolencia es en el origen natural al hombre, es como una montaña cubierta de árboles.

Pero, aclara Lacan: “los habitantes de los alrededores comienzan a cortar los árboles. La acción benéfica de la noche trae un nuevo florecimiento

---

<sup>3</sup> La decantación es un proceso de separación por gravedad que hace que una partícula, más densa que el líquido, tenga una trayectoria descendente.

de los retoños, pero por la mañana, los rebaños llegan, los devoran y, finalmente, la montaña es una superficie lisa, en la que nada brota”.

Esa benevolencia está tan poco asegurada para nosotros, sobre todo por la experiencia psicoanalítica de lo que se suele llamar la” reacción terapéutica negativa y que, por sus antecedentes literarios Lacan llamó la maldición asumida, y consentida. La fatalidad del “pues, así sea” del Edipo de Sófocles.

Lacan invita a realizar una experiencia mental similar a la llamada por Galileo *experimentum mentis*.

Esta experiencia mental está en continuidad con aquello a lo que nos incita nuestra experiencia cuando no la reducimos a un denominador común, a una común medida, y no nos proponemos encajarla en los archivadores ya establecidos.

Consiste en verlo desde la perspectiva del famoso Juicio Final. Es decir, en elegir como patrón de medida de la revisión de la ética y, desde dónde y hacia dónde al parecer, nos conduce el psicoanálisis: ¿sería la relación de las acciones con el deseo inconsciente que las habitan, que las originan?.

Para entenderlo mejor, apoyémonos en la tragedia, referencia que no es evitable, como lo prueba el hecho de que Freud, desde sus primeros pasos, debió consultarla. La ética del análisis no es una especulación que recae sobre las ordenanzas, sobre la disposición hacia lo que se llama el servicio de los bienes. (los “productos e instituciones culturales” que cubren las necesidades humanas).

Implica, hablando estrictamente, la dimensión que se expresa bien en lo que se llama la experiencia trágica de la vida.

En la dimensión trágica se inscriben las acciones y, también, los valores. También en ella se inscribe, además, la dimensión cómica. Cuando Lacan hablaba de las formaciones del inconsciente, como sabemos, lo que tenía en el horizonte era lo cómico.

Digamos,, en una primera aproximación, que es la relación de la acción con los deseos que la originan; en su dimensión trágica, lo que se ejerce

tiene el sentido del triunfo final de la muerte. Es el carácter fundamental de toda acción trágica.

En la dimensión cómica, en una primera aproximación, se trata si no del triunfo, al menos del juego fútil, irrisorio de esa visión. Lo cómico, trata también de la relación de la acción con los deseos y de su fracaso fundamental en alcanzarlos.

La dimensión cómica está creada por la presencia en su centro de una idea oculta, un significante oculto (en la propuesta de Lacan: el falo). Pero que en la comedia antigua, se refiere al sentimiento de omnipotencia, Hay que recordar simplemente que, en la comedia, lo que nos satisface, nos hace reír, nos hace apreciarla en su plena dimensión humana, (no exceptuando tampoco todo lo inconsciente), no es tanto el triunfo de la vida como su escape, el hecho de que la vida se desliza, se hurta, huye, escapa a todas las barreras que se le oponen.

*El falo no es sino un significante; la deseada y fantaseada omnipotencia es el significante de esa escapada. La vida pasa, triunfa de todos modos, pase lo que pase. Cuando el héroe tragicómico tropieza, se ve en apuros, mientras que el pequeño y débil ser humano, -el buen ser humano-, sin embargo, todavía sobrevive.*

*Lo patético de esta dimensión es, lo opuesto, la contrapartida de lo trágico. No son incompatibles, porque lo tragicómico existe. Aquí yace la experiencia de la acción humana.*

*La naturaleza del deseo está en el núcleo de esta experiencia, y por eso una revisión ética es posible, un juicio ético es posible. ya que esta pregunta representa su valor de Juicio Final: ¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita?<sup>4</sup>*

*Esta es una pregunta que no es fácil sostener. Lacan pretendió que nunca fue formulada en otra parte con esta pureza y que sólo podía serlo en el contexto analítico.*

¡A ese polo del deseo se opone la ética tradicional!

---

<sup>4</sup> J. Lacan 1906

Creonte, tomado de una tragedia de Sófocles, es el ejemplo de la antítesis del héroe trágico, que, como antítesis, no deja por ello de participar de cierto carácter heroico.

El “servicio de los bienes” es la posición ética tradicional. Degradación del deseo, modestia, temperamento.

Un examen atento muestra que su medida está siempre marcada profundamente de ambigüedad. A fin de cuentas, el orden de las cosas sobre las que pretende fundarse es el orden de un Poder, un poder humano, demasiado humano.

La moral de Aristóteles se funda enteramente en un Orden Ideal pero que responde, sin embargo, a la política de su tiempo, a la estructura de la ciudad. Su moral es una moral del amo, realizada para las virtudes del amo y vinculada con un “Orden de los Poderes”. El orden de los poderes para nada debe despreciarse, simplemente hay que saber su límite en el campo que se ofrece a nuestra investigación sobre la ética del psicoanálisis.

En lo concerniente con el deseo, con sus impulsos y su desasosiego la posición del Poder, cualquiera que sea, en cualquier circunstancia, en todo momento histórico o no, siempre fue la misma.

¿Que proclama Alejandro llegando a Persépolis al igual que Hitler llegando a París? Poco importan los preámbulos. “He venido a liberarles de esto o de aquello. Lo esencial es lo siguiente: continúen trabajando. Que el trabajo no se detenga”.

Lo que quiere decir: Que quede bien claro... que en ningún caso es una ocasión para manifestar (defender y saciar) el más mínimo deseo.

La moral del Poder, la del “Servicio de los Bienes”, su respuesta es, en cuanto a los deseos de los ciudadanos: “pues que esperen sentados”.

Kant hace un gran servicio al definir el campo que interesa al juicio moral como tal purificándola de todo interés; lo que no quiere decir intereses vinculados con la patología mental, sino simplemente intereses humanos, sensibles, vitales. Para tratar del campo valorizado como propiamente ético, es necesario que por algún rodeo para nada nos guíen intereses con él.

La moral tradicional se instalaba en lo que se debía hacer en la medida de lo posible, como se dice, y como se está bien obligado a decir. Lo que hay que desenmascarar es el punto pivote por el que ella se organiza así; y no es otra cosa sino “lo imposible”, donde reconocemos la topología de nuestro deseo. Kant nos facilita el camino cuando plantea que el imperativo moral no se preocupa por lo que se puede o no se puede. El “testimonio de la obligación”, en la medida en que ella nos impone la necesidad de una razón práctica es un “tu debes incondicional”. Este campo adquiere su alcance precisamente por el vacío en que nos deja la definición kantiana, al aplicarla en todo su rigor.

Ahora bien, según Lacan, ese lugar, nosotros psicoanalistas, podemos reconocerlo como el lugar ocupado por el deseo. Nuestra experiencia pone en su lugar y en el centro una “medida inconmensurable”, “una medida infinita”, que se llama el deseo. Al “tu debes” de Kant, podría sustituirse fácilmente el mensaje del Marqués de Sade, relacionado con el goce erigido en imperativo casi irrisorio; puro fantasma seguramente y necia perversión, pero que en modo alguno excluye la posibilidad de que se convierta en una ley universal.

Detengámonos aquí para ver que nos queda en el horizonte. Si Kant sólo hubiese designado ese punto crucial, todo estaría bien; pero se ve también a dónde lleva el horizonte de la razón práctica: al respeto y la admiración que le inspiran el firmamento donde ponemos la mirada y la ley moral (religiosa) en su interior.

Kant pretende encontrar la prueba renovada de la inmortalidad del alma en el hecho de que nada aquí abajo podría satisfacer las exigencias de la acción moral. En la medida en que el alma habrá quedado “con ganas”, le es necesaria una vida más allá, con el fin de que este acuerdo inacabado pueda, en algún lado, no se sabe dónde, encontrar su resolución.

¿Qué quiere decir esto? Ese respeto y esa admiración por los cielos estrellados, por el más allá, ya subsistían en tiempo de Kant.

Y para nosotros psicoanalistas humanos del siglo XX y XXI: ¿no nos parece, más bien, al considerar ese vasto universo, que estamos en presencia de una vasta obra en construcción, de nebulosas diversas, con

un rincón raro, el que habitamos, que se asemeja un poco, a un reloj abandonado en un rincón?<sup>5</sup>

Al margen de esto, es muy simple ver que, si hubiera “Alguien”, si le diéramos su sentido a lo que allí pudiera constituir “una Presencia Divina”, el único sentido articulable con esa “presencia divina” sería lo que nos sirve como criterio del sujeto; a saber, la dimensión del “significante del lenguaje”: concluye Lacan.

Los filósofos pueden muy bien especular sobre ese Ser cuyo acto y el conocimiento se confunden. La tradición religiosa no se engaña al respecto, sólo tiene derecho al reconocimiento de una o varias personas divinas lo que puede articularse solamente desde la fe y desde una “revelación”.

Para nosotros, una única cosa podría hacer que los cielos estuvieran habitados por un Ser trascendente: *que nos apareciese allí su señal*. ¿Y qué señal?... No la que define la teoría de la comunicación, que se pasa el tiempo contándonos que dicha señal se puede interpretar, en términos de signos; es decir las ondas que se transportan a través del espacio. La distancia crea aquí espejismos porque eso nos llega desde muy lejos; se llega a creer que son mensajes que recibimos de los astros a unos trescientos años luz; pero no son más mensajes que los que detectamos cuando miramos una botella.

Sería un mensaje si, después de alguna explosión de estrellas, algo que sucede a millones de años luz, le correspondiese “algo” que se inscribiese en algún apartado de los Grandes Libros (la Biblia u otros de referencia para el ser humano). En otros términos, algo que hiciese, de lo que sucediera, una verdadera realidad humana.

Lo que hace que pueda haber “deseo humano”, que ese campo exista, es la supuesta idea de que todo lo que sucede de real es “contabilizado” en algún lado<sup>6</sup>, para tenerlo en cuenta en algún momento, como el del supuesto Juicio Final.

Kant pudo reducir a su pureza la esencia del campo moral. En su punto central piensa que es necesario que haya en algún lugar algo para la

---

<sup>5</sup> Lacan 1960. Las paradojas de la ética.

<sup>6</sup> Véase como referencia la película de Jules Dassin: “Nunca en domingo” (en concreto la escena de la caja registradora).

contabilización del bien y del mal, de “lo bueno y lo malo vivido, realizado”. El horizonte de su “inmortalidad de la idea del alma” no significa más que esto.

No hemos estado suficientemente jorobados y agobiados por el deseo en esta tierra; ahora, además es necesario que una parte de la eternidad se dedique a hacer las cuentas de todo esto. Qué tenga memoria de todo esto.

Según Lacan en esos fantasmas sólo se proyecta la relación estructural que intentó escribir en el grafo con la línea del significante donde se produce la “escisión del sujeto”. En la medida en que el sujeto se sitúa y se constituye con relación al significante se produce en él esa ruptura, esa división, esa ambivalencia, a nivel de la cual se ubica la tensión del deseo.

Esto nos muestra que, en el horizonte de la culpa, en la medida en que ella ocupa y da sentido al campo del deseo, están las cadenas de la contabilidad permanente (de la memoria permanente); y esto, independientemente de cualquier articulación particular que pueda darse de ella.

Una parte del mundo está orientada resueltamente hacia el servicio de los bienes, ignorando o rechazando todo lo que concierne a la relación del hombre con el (su) deseo.

Es lo que se llama la perspectiva postrevolucionaria. La única cosa que puede decirse es que nadie parece darse cuenta de que, al formular, así las cosas, no se hace más que perpetuar la tradición eterna del “Poder del servicio de los bienes culturales” defendidos por la supuesta gente de bien.

¡Continuemos trabajando, y en cuanto al deseo, esperemos sentados! Pero poco importa. En esa tradición, el horizonte comunista no se distingue del mundo clásico de Creonte<sup>7</sup>, del horizonte del gobernador de la ciudad, del que reparte amigos y enemigos en función del bien de la ciudad. Tenemos que suponer, lo cual en efecto no es poco, que el campo del servicio de los bienes, al servicio de los cuales

---

<sup>7</sup> Ver “Edipo en Colona”.



inevitablemente debemos colocarnos, pudiera suponer el englobar en cierto modo a todo el universo.

En otros términos, esta operación sólo se justifica si pensamos desde el horizonte de un Estado Universal. Sin embargo, nada nos justifica que en ese límite el problema vaya a desvanecerse, pues subsistirá de igual modo en la conciencia de quienes piensen y vivan desde esa perspectiva. O, incluso, entendieran que desde esa perspectiva desaparecerían los “valores propiamente estatales del Estado”. A saber, la organización de las instituciones como serían los parlamentos, las instituciones, la policía, la iglesia, el ejército, etc. En esta línea, también estaría la idea de introducir un término como el de un Estado Universal concreto, el cual no querría decir otra cosa más que suponer que las cosas cambiarían a nivel de la organización social<sup>8</sup>, a nivel de la relación que constituye la posición del hombre ante los Bienes Culturales, en la medida en que,

---

#### <sup>8</sup> ¿Qué es la organización social?

En [sociología](#), la **organización social** es el conjunto de [relaciones](#) que se dan entre los individuos de una [sociedad](#) y/o los distintos [grupos](#) sociales de la misma. Dichas relaciones tienen como propósito alcanzar una [meta](#) común y se dan conforme a distintos patrones culturales, políticos o incluso sexuales, dependiendo de su [contexto histórico](#).

Remaining Time -7:19

×

En cambio, **las organizaciones sociales son las distintas maneras de institucionalizar o formalizar estas relaciones** ya mencionadas, de modo tal que conformen grupos humanos orientados de una manera particular hacia un objetivo.

Dicho de otro modo, la organización social (en general) permite construir organizaciones sociales (en particular) específicas. Por ejemplo, las [empresas](#) son organizaciones sociales orientadas hacia la producción de bienes y servicios, típicas del mundo capitalista contemporáneo.

La organización social, en todo caso, varía enormemente a lo largo de las épocas, y esto se traduce en un cambio continuo en las organizaciones sociales que se conforman todos los días.

La organización social **fue un elemento determinante en la evolución de nuestra especie**, al permitir constituir grupos humanos altamente estructurados, con dinámicas de [cooperación](#), [coordinación](#) y división del trabajo. Esa es, de hecho, una distinción importante entre la [humanidad](#) y las demás especies animales, cuyos grados de organización tienden a ser bajos y/o restringidos a grupos pequeños de individuos.

En cambio, la humanidad ha desarrollado a lo largo de su historia una gran capacidad de organización social, que le permite completar tareas enormes a través del esfuerzo individual mancomunado y [sinérgico](#). De ese modo, las relaciones dentro de un grupo organizado se tornan interdependientes las unas de las otras, tejiendo una red de aspiraciones y energías que la administración se ocupa de canalizar y conducir.

Fuente: <https://concepto.de/organizacion-social/#ixzz7yV0bSzO9>

hasta el presente, al parecer, el deseo (“su deseo”), propiamente entendido, seguiría sin estar allí.

Suceda lo que suceda desde esta perspectiva, nada cambiaría estructuralmente. Su signo es que, aunque la supuesta presencia divina tanto ortodoxa como heterodoxa, estuviera presente o ausente, allí la contabilidad ciertamente no lo estaría y que a esa inagotabilidad que necesita Kant para su “Inmortalidad del Alma”, se le sustituye la noción lisa y llanamente articulada como tal, de Culpa Objetiva. Desde el punto de vista estructural, en todo caso, nada está resuelto.

Parece ahora suficiente el recorrido realizado por Lacan sobre la oposición del “Centro Humano Deseante” con el “Servicio Ético de los Bienes Culturales. Vayamos entonces al meollo del tema.

Hemos lanzado estas proposiciones a título de *experimentus mentis*. Vamos a formularlas como paradojas.

Lacan propone que de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos desde una perspectiva psicoanalítica, es de haber “*cedido en su deseo*”<sup>9</sup>.

Esta proposición, aceptable o no desde cualquier ética expresa bastante bien lo que constatamos en nuestra experiencia. En último término, aquello de lo cual el sujeto se siente efectivamente culpable cuando tiene culpa, de modo aceptable o no para cualquier director de conciencia, es siempre, en su raíz, el haber cedido a su deseo.

Avancemos más. A menudo, (“a cédé à son désir”: Lacan) cedió en su deseo<sup>10</sup> por el (un) buen motivo e incluso por el mejor. Tampoco esto es para

<sup>9</sup> Nota: “Ceder al deseo” es equivalente a *ceder a la satisfacción*. “Ceder en el deseo” puede ser equivalente a *ceder a la no satisfacción*. He aquí otra paradoja. Por ejemplo, la señal de circulación “ceda el paso” quiere decir ¡Alto, ceda el paso al otro!”! Observamos que en la formulación puede existir una suerte de paradójica ambigüedad, terminológica y sintáctica.

<sup>10</sup> ceder (Segun la RAE): Del lat. *cedere*. 1. tr. Dar, transferir o traspasar a alguien una cosa, acción o derecho. 2. tr. Perder tiempo, espacio, posición, etc., en favor de un rival. El ciclista cedió seis minutos respecto del líder. 3. tr. Dep. Dicho de un jugador: Pasar la pelota a otro de su equipo, cuando ambos están cerca. 4. intr. Rendirse, someterse. 5. intr. Dicho del viento, de la fiebre, etc.: Mitigarse, disminuir su fuerza. 6. intr. Dicho de una cosa: Disminuir o cesar su resistencia. Los muelles del sofá han cedido. 7. intr. Dicho de algo sometido a una fuerza excesiva: Romperse o soltarse. Cedió la cuerda. 8. intr. p. us. Dicho de una persona o de una cosa: Ser inferior a otra con la que se compara. 9. intr. p. us. Dicho de una cosa: Convertirse o redundar en lo que se indica para otra cosa o persona. La medida cederá en beneficio de los ciudadanos.

asombrarnos. Desde que la culpa existe, se pudo percibir desde hace mucho que la cuestión del buen motivo, de la buena intención, no por ello dejó a la gente demasiado contenta. Siempre, en el horizonte, se reproduce la misma cuestión. Siempre en ciertos momentos de la experiencia histórica, e incluso habiendo sido promovida “la buena intención” a un primer plano de las discusiones de teología moral, como sucedió en la época de Abelardo,

Quizás por eso precisamente los cristianos de la más común observancia nunca quedan muy tranquilos. Pues, si hay que hacer las cosas por el bien, en la práctica lisa y llanamente uno tiene que preguntarse: ¿por el “bien de quien”? A partir de aquí las cosas no caminan solas.

Hacer las cosas en nombre del bien y, más aún, en nombre del bien del otro, esto es lo que está muy lejos de ponernos al abrigo, no sólo de la culpa, sino de toda suerte de catástrofes interiores. En particular, esto no nos pone ciertamente al abrigo de la neurosis y sus consecuencias.

Si el análisis tiene un sentido, el deseo no es más que lo que sostiene el tema inconsciente, la articulación propia de lo que nos hace arraigarnos en un destino particular, el cual exige con insistencia que la deuda sea pagada. La deuda vuelve, retorna, y nos remite siempre a cierta senda, la senda de lo que es propiamente nuestro propio asunto.

¿Podemos oponer la tragedia del héroe a la tragedia del hombre común?  
¿Pueden distinguirse estas personas como dos especies humanas?

Quizás no hay que distinguir las como dos especies humanas, sino comprender que, en cada uno de nosotros, existe la vía trazada para un héroe, aunque justamente la realice como un hombre común.

El círculo interno que nominó Lacan: “ser-para-la-muerte”, en el medio de los deseos y la renuncia a la entrada del círculo externo, no se oponen al triple campo del odio, de la culpa y del temor<sup>11</sup> como a lo que aquí sería el hombre común y aquí el héroe; pues para nada es así.

Esa forma general está, lisa y llanamente, trazada por la estructura y para el hombre común. Y es, precisamente, en la medida en que el héroe se guía en ella correctamente, pasa por todas las pasiones en las que se

---

<sup>11111</sup> Ver “Odio, culpa, temor” de E. Jones

enreda el hombre común, siendo en aquel más puras mientras se sostiene en ellas enteramente.

Alguien durante el seminario de Lacan bautizó la topología “un ser para la muerte” con una expresión bastante feliz, aunque no carente de una nota humorística: la zona de “el-entre-dos-muertes”. Volveremos a ver en Sófocles la danza de la que hablamos ya entre Creonte y Antígona. Es claro que el héroe, en la medida en que su presencia en esa zona indica que algo está definido y liberado, arrastra con ello a su pareja. Al final de Antígona, Creonte habla entonces lisa y llanamente de sí mismo como de un muerto entre los vivos, en la medida en que perdió todos sus bienes en ese asunto. A través del acto trágico el héroe libera a su adversario mismo.

Lo que Lacan llama “ceder en su deseo” se acompaña siempre en el destino del sujeto, y se puede observar en cada caso, notemos su dimensión, a causa de alguna traición. O el sujeto traiciona su andadura, su vía; es decir, se traiciona a sí mismo apreciándolo como tal él mismo. O, más sencillamente, tolera que alguien con quien se consagró más o menos a algo importante haya traicionado su expectativa, no haya hecho respecto a él lo que entrañaba el pacto. El pacto cualquiera sea éste, fasto o nefasto, precario, a corto plazo, aún de revuelta, aún de fuga. Poco importa.

Algo se juega alrededor de la traición cuando se la tolera, cuando, impulsado por la idea del bien, entiendo del bien de quien ha traicionado en ese momento, se cede al punto de reducir sus propias pretensiones y decirse: pues bien, ya que es así renunciemos a nuestra perspectiva. “Ninguno de ambos, pero sin duda tampoco yo mismo, valgo más; volvamos a entrar en la vía ordinaria”. Ahí, podemos estar seguros de que se encuentra la estructura que se llama “ceder o no al deseo”.

Franqueado ese límite en el que se vincula, en un único término, el desprecio del otro y de sí mismo, ya no hay retorno. Puede tratarse de reparar, pero no de deshacer. ¿No es este un hecho de experiencia que nos muestra que el psicoanálisis es capaz de proporcionarnos una brújula eficaz en el campo de la dirección ética?

Llegados a este punto Lacan ofrece cuatro proposiciones:

Primera: La única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido al propio deseo<sup>12</sup>.

Segunda: El héroe es aquel que puede ser impunemente traicionado.

Tercera: Esto no está al alcance de todo el mundo y es la diferencia entre el hombre común y el héroe, más misteriosa pues de lo que se cree. Para el hombre común, la traición, que se produce casi siempre, tiene como efecto el arrojarlo definitivamente al servicio de los bienes, pero con la condición de que nunca volverá a encontrar lo que lo orienta verdaderamente en ese servicio.

Cuarta: Finalmente, no se trata de negar el campo de los bienes, naturalmente existen; pero si invertimos la perspectiva existe una cuarta proposición. No hay otro bien más que el que puede servir para pagar el precio del acceso al deseo, en la medida en que el deseo, así lo ha definido Lacan en otro lado, como siendo la metonimia de nuestro ser.

El arroyuelo donde se sitúa el deseo no es solamente la modulación de la cadena de significantes, del lenguaje; sino lo que corre por debajo de ella, que es hablando estrictamente lo que somos y también lo que no somos, nuestro ser y nuestro no-ser. Lo que en el acto es significado, pasa de un significante a otro en la cadena, bajo todas las significaciones.

Veamos la metonimia “comer el libro” empleada por Lacan. Al examinarla más de cerca vemos que es una metonimia extrema. Algo que no nos asombra, pues algo así nos encontramos ya en San Juan, el apóstol que colocó el Verbo al principio de todo. Bueno, esto es una idea de escritor, uno como hay pocos. “Comer el libro” confronta lo que Freud sin pensárselo dos veces nos dijo que no era susceptible de sustitución y de desplazamiento: a saber, **el hambre**, y menos con algo que más bien no está hecho para comerse; es decir, un libro. Frente a esta metonimia: “comer el libro”, palpamos lo que quiere decir Freud cuando habla de *la sublimación* como de un cambio, y no de objeto, sino de meta.

---

<sup>12</sup> Has actuado en conformidad con tu deseo ?; Basado en qué juicios implícitos y explícitos? ¿Según tu deseo o el deseo del Otro.... Según el deseo de quién?

El hambre de la que se trata, el hambre sublimada, cae en un espacio diferente, porque no es el libro lo que nos llena el estómago. Cuando comí el libro, no me transforme en el libro, como tampoco el libro devino carne. El libro me transforma si nos permitimos decirlo. Pero para que esta operación pueda producirse, y ella se produce todos los días, hace falta que yo pague algo a cambio. La diferencia, y Freud habla de ello en “El malestar en la cultura” puede enunciarse así; “Sublimen todo lo que quieran, hay que pagarlo con algo. Ese algo se llama el goce<sup>13</sup>. Esa operación mística la pago con una libra de carne<sup>14</sup>”.

Esta es la cuestión; el bien que se paga por la satisfacción del deseo. Aquí, en efecto, reside la operación religiosa, siempre tan interesante para situarnos. Lo que del bien es sacrificado por el deseo, y observarán que esto quiere decir lo mismo que lo que del deseo es perdido por el bien, esa libra de carne es justamente lo que la religión transforma en su oficio y se dedica a recuperar. Es el único rasgo común a todas las religiones, se extiende a la idea universal de la religión, a todo el sentido religioso.

Veamos dos aplicaciones expresivas. Una: Lo que es la carne ofrecida a Dios en el altar y en el oficio religioso; el sacrificio animal u otro, el sacerdote se lo come y lo ofrece a la comunidad religiosa. Una forma ejemplar,

Dos: Pero es igualmente tan verdadero a nivel del sacrificio del santo, cuyo propósito es efectivamente el acceso al deseo sublime, para nada forzosamente su deseo, pues el santo vive y paga por los otros. Lo esencial de su santidad consiste en lo siguiente: consume el precio pagado bajo la forma del sufrimiento en dos puntos extremos. Uno, el punto clásico de las peores ironías realizadas sobre la mistificación religiosa, como la “mística francachela” de los sacerdotes detrás del altar. Y dos: la última frontera del trágico heroísmo religioso. Encontramos ahí el mismo proceso de recuperación.

Con relación a esto la gran obra religiosa se distingue de aquello de lo que se trata en una catarsis de naturaleza ética, que reúne cosas en

---

<sup>13</sup> El goce de Lacan es un concepto complejo que se refiere a la satisfacción que se obtiene de una experiencia o actividad<sup>1</sup>. Según Lacan, el goce es esencialmente fálico y no se relaciona con el "Otro" como tal<sup>1</sup>. Sin embargo, en su seminario "Aún" (1972-1973), Lacan introdujo la idea de un goce específicamente femenino, diciendo que las mujeres tienen "un goce adicional, suplementario respecto a lo que designa como goce la función fálica"<sup>1</sup>.

<sup>14</sup> Ver “El mercader de Venecia” de W. Shakespeare

aparición tan ajenas como el psicoanálisis y el espectáculo trágico de los griegos. Si encontramos ahí nuestro modelo, esto no deja de tener su razón. Catarsis tiene el sentido de purificación del deseo. Esa purificación sólo puede lograrse, como es claro teniendo en cuenta la idea de Aristóteles, en la medida en que la persona ha conseguido franquear los límites del temor y la compasión.

En la medida en que el “epos trágico” no deja ignorar al espectador donde está el polo del deseo, muestra que el acceso al deseo necesita franquear no sólo todo temor, sino toda compasión; que la voz del héroe no tiemble ante nada y muy especialmente ante el bien del otro; en la medida en que todo esto es experimentado en el desarrollo temporal de la historia, el sujeto sabe un poquito más que antes sobre lo más profundo de él mismo.

Eso dura lo que dura, para quien presencia en el teatro algunas obras dramáticas. Pero, en fin, si las fórmulas de Aristóteles significan algo, es esto. Se sabe que cuesta avanzar en cierta dirección y, si uno va en ella, sabemos por qué. Se puede incluso sentir que, si no se tienen totalmente claras las cuentas con el propio deseo, es porque no se pudo hacer nada mejor, pues no es una vía en la que se pueda avanzar sin pagar nada.

Incluso para quien avanza hasta el extremo de su deseo, no todo es color de rosa. Será igualmente presa del desengaño, esto es lo esencial, y sobre el valor de la necesaria prudencia que se opone a su realización. Incluso sobre el valor totalmente relativo de las razones benéficas, de los vínculos con los demás, de los intereses patológicos, etc., como dice Kant, que pudieran retenerlo al seguir ese arriesgado camino.

La idea de Lacan sobre la tragedia y su efecto no deja de ser una interpretación casi prosaica, que podría hacernos creer que lo que le parece esencial de la catarsis es que sea algo pacificante. Puede no ser pacificante para todo el mundo. Pero es la manera más directa de conciliar lo que algunos percibieron como la faz moralizadora de la tragedia y el hecho de que la lección de la tragedia, en su esencia, no es para nada moral en el sentido común de la palabra.

Para concluir:

El campo del psicoanálisis, en la medida en que lo exploramos, resulta ser de algún modo el objeto de una ciencia. La ciencia del deseo. ¿Entrará este tipo de ciencia en el marco de las ciencias humanas?

Los programas que se diseñan como debiendo ser los de las ciencias humanas no tienen a mi parecer otra función más que la de ser una rama, sin duda ventajosa, aunque accesoria, del servicio de los bienes, en otros términos, de los poderes más o menos inestables.

Esto entraña, en todos los casos, un desconocimiento no menos sistemático de todos los fenómenos, sobre todo los que entrañan violencia, que muestran que la vía del advenimiento de los bienes morales en el mundo no anda sobre ruedas.

Decía el francés Mazarino: “la política es la política, pero el amor sigue siendo el amor”.

En lo tocante a lo que puede situarse como ciencia en ese lugar que Lacan designa como el del deseo, no tenemos que buscar demasiado lejos. Lo que en realidad ocupa actualmente el lugar del deseo como ciencia, es lo que se llama por lo común La Ciencia; la que por ahora vemos cabalgar tan alegremente y realizar toda suerte de conquistas denominadas físicas.

Creo que, a lo largo de este período histórico, el deseo del hombre largamente sondeado, anestesiado, adormecido por los moralistas, domesticado por los educadores, traicionado por las academias, se refugió, se reprimió muy sencillamente en la pasión más sutil y también la más ciega, como nos lo muestra la historia de Edipo; es decir, la pasión del saber. Es ella quien está marcando un paso que aún no ha dicho su última palabra.

Uno de los rasgos más entretenidos de la historia de las ciencias es la propaganda que los científicos y los alquimistas hicieron ante los poderes, en la época en que comenzaban a volar un poco, diciéndoles: “Dennos dinero. Ustedes no se dan cuenta... si nos dieran un poco más de dinero..., cuántas “cosas” y máquinas pondríamos a su servicio.

¿Cómo pudieron los poderes dejarse enganchar? La respuesta a este problema debe buscarse del lado del desmoronamiento de la sabiduría. Es un hecho que se dejaron agarrar, que la ciencia obtuvo créditos,



gracias a los cuales tenemos actualmente este tipo de venganza sobre nuestras cabezas.

Algo curioso y fascinante; pero que para quienes están en el punto más avanzado de la ciencia no deja de acompañarse de la viva conciencia de que están “al pie del muro construido por el sentimiento del odio”. Ellos mismos están sumergidos por el fluir más vacilante de una pesada culpabilidad.

Pero esto no tiene ninguna importancia, porque, a decir verdad, esta aventura no es algo que los remordimientos del Sr. Oppenheimer<sup>15</sup> pueda detener de un día para el otro. De todos modos, para el porvenir, ahí yace el secreto del problema del deseo.

La organización universal tiene que enfrentar el problema de saber qué hacer con esa ciencia en la que se despliega manifiestamente algo cuya naturaleza se nos escapa. La ciencia, que ocupa el lugar del deseo, sólo puede ser una ciencia del deseo bajo la forma de un formidable punto de interrogación; y esto, sin duda, no deja de tener un motivo estructural. En otros términos, la ciencia es animada por algún misterioso deseo, pero ella, al igual que el inconsciente, tampoco sabe qué quiere decir ese deseo.

El porvenir nos lo revelará y quizá del lado de aquellos que quién sabe por la gracia de quién, comieron más recientemente las lecturas del libro, quiero decir aquellos que no vacilaron en escribir con sus esfuerzos, incluso con su sangre, el “libro de la ciencia occidental”, que no por ello deja de ser un libro comestible.

Cuando hablamos de Mencio no nos dejamos engañar con relación a la bondad de los seres humanos. Sobre lo que somos más ignorantes es sobre las leyes en tanto que ellas vienen del cielo, las mismas leyes que

---

<sup>15</sup> **Julius Robert Oppenheimer**<sup>[al]</sup> ([Nueva York, Estados Unidos; 22 de abril de 1904-Princeton, Nueva Jersey, Estados Unidos; 18 de febrero de 1967](#)) fue un [físico teórico](#) estadounidense de origen judío y profesor de física en la [Universidad de California en Berkeley](#). Es una de las personas a menudo nombradas como «padre de la bomba atómica» debido a su destacada participación en el [Proyecto Manhattan](#), el proyecto que consiguió desarrollar las primeras [armas nucleares](#) de la historia, durante la [Segunda Guerra Mundial](#). La primera bomba nuclear fue detonada el 16 de julio de 1945 en la [Prueba Trinity](#), en Nuevo México, Estados Unidos. Oppenheimer declararía más tarde que le vinieron a la mente las palabras de [Bhagavad Gita](#): «Ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos».<sup>[4][b]</sup> Oppenheimer siempre expresó su pesar por el fallecimiento de víctimas inocentes cuando las bombas nucleares fueron lanzadas contra los japoneses en [Hiroshima y Nagasaki](#) en agosto de 1945.

las de Antígona. Las leyes del cielo en cuestión son efectivamente las leyes del deseo.

Gracias a quienes comieron del libro y del misterio que sostiene, podemos en efecto lanzar esta pregunta, ¿son buenos, son malvados?

Esta pregunta parece hoy sin importancia. Lo importante no es saber si en el origen el hombre es bueno o malo... lo importante es saber qué nos ofrecerá “el libro” cuando haya sido totalmente devorado.